



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**

## **LECTURA SESIÓN 13**

# **CT 115 ÉTICA TEOLÓGICA**

Míguez Bonino, José. “Las condiciones del combate”. En *Ama y haz lo que quieras. Hacia una ética de la nueva humanidad*, 87-98. San José: Universidad Bíblica Latinoamericana, 2006.

Publicación de la Editorial SEBILA de la Universidad Bíblica Latinoamericana.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Este es el marco total en que el Nuevo Testamento exhorta a los cristianos a hacer el bien, a amar. Insistimos: no son actos aislados de virtud -son acciones que ya ahora corresponden al futuro, acciones que responden al buen gobierno de Dios que se ha establecido con Jesucristo, acciones que se integran al propósito del Creador y Señor del universo. Este amor que responde a la justicia y la paz, este amor que se vive en medio de las relaciones humanas, este amor que se extiende hacia toda persona y todos los seres humanos, este amor que entra en conflicto con toda injusticia –ésta es la única conducta que tiene futuro.

### ***Las condiciones del combate***

No basta que el cristiano "entienda" su situación. La vida cristiana es un combate, una labor diaria, un camino, es decir, una serie de decisiones y acciones concretas. Y todo esto tiene lugar en medio de condiciones dadas, personales y sociales, psicológicas, económicas y sociológicas. La visión del Reino y el compromiso con él deben relacionarse con estas condiciones para ser efectivos. A fin de facilitar y hacer más eficaz la acción cristiana, la ética cristiana tiene la responsabilidad de analizar las condiciones particulares que rigen, en nuestra sociedad, los distintos aspectos de la vida humana y tratar de arrojar sobre ellos la luz del mensaje del Reino. Esto es lo que intentarán, en forma más detallada, otros libros de esta misma serie. Aquí sólo trataré de mostrar muy sucintamente algunos aspectos de esa labor.

1) Lo primero es advertir que el compromiso con el Reino nos introduce inevitablemente en la relación del ser humano con el ser humano y de los seres humanos con las cosas. Este triángulo de relaciones: persona-comunidad-cosas es inseparable de toda acción humana. No hay acciones puramente individuales, ni totalmente impersonales, ni exclusivamente interiores o espirituales. Hasta mis pensamientos están influidos -como lo ha demostrado claramente la psicología moderna- por las condiciones orgánicas, el estado de salud, las condiciones ambientales. Y éstas por aquéllos. Nos relacionamos con otras personas por medio de las cosas: lo que damos, lo que recibimos, lo que compramos o vendemos, lo que

fabricamos o creamos. Y cada una de esas acciones nos vinculan a una red de relaciones. Quien quisiera reservar un "núcleo" interior inviolable, que no fuere alcanzado por estas relaciones, viviría en una ilusión. Somos lo que somos en esta trama total.

La Biblia da por sentado que esto es así. Por eso se ocupa del ser humano en su trabajo, en su familia, en su comunidad; del ser humano que come, duerme, trabaja, enferma- del ser humano sexuado, corporal; del hombre padre, hijo, súbdito o gobernante. Hasta tal punto es así que aún la resurrección y la vida eterna no son presentados como incorpóreos o individualistas, sino como un nuevo cuerpo y una nueva forma de relaciones. Es por eso que ni la justicia, ni la paz se definen en términos puramente espirituales sino, como lo hemos visto, incluyendo las cosas materiales tanto como las más interiores. Más importante aún, la Biblia nos muestra que son precisamente estas relaciones las que se pervierten cuando reina la injusticia y el desorden. Es a este hecho que debemos la inquietante unanimidad de los profetas y de Jesús en condenar la riqueza y los ricos.

Se ha debatido mucho si se trata de "la posesión" de las riquezas o "el amor" a las mismas lo que se condena. La discusión parte de una separación a la que la Biblia -más realista que nosotros- no concede mayor importancia. En las condiciones concretas de nuestro mundo -nos dice- la riqueza es la manifestación de una relación injusta de los seres humanos entre sí y con las cosas. En ella, los bienes que fueron dados por Dios para disfrutar se constituyen en cosas para poseer. Con ellas empezamos a considerar al prójimo como alguien de quien podemos disponer -comprar y vender. Las "posesiones" se transforman en el secreto de todas nuestras relaciones y posibilidades y por eso ponemos la confianza en ellas: nos vendemos a ellas. A tal punto, que las hacemos nuestro dios. Y no se puede servir a dos señores: a Dios y a las riquezas. Por eso, el que ingresa al Reino verdadero, debe pasar por la prueba de desprenderse de esa falsa relación. Es ésta -y no un ascetismo que prohibiría gozar de las cosas materiales- la razón de la exaltación de la pobreza en todo el Nuevo Testamento.

Una persona rica puede ser personalmente muy buena y estar poseída por las mejores intenciones. Sin embargo, si no toma activamente su parte en la lucha por una mayor justicia para todos -aunque perjudique sus intereses- la buena intención no suple esa responsabilidad. No basta que Zaqueo se convierta: debe restituir lo que ha robado. No basta que el joven rico obedezca los mandamientos y quiera seguir a Jesús: debe vender lo que tiene. La ética cristiana no es una ética de buenas intenciones solamente, porque no se preocupa exclusivamente de la condición interior del ser humano sino del bienestar total de todos los seres humanos. De poco valen las intenciones si no logran efectos positivos para el bien común. Es más, la Biblia sabe muy bien que los seres humanos somos duchos en fabricar pretextos para no responder a la necesidad del prójimo. La distinción entre la posesión de la riqueza y el amor a las mismas ha sido una de las más difundidas excusas para justificar la falta de responsabilidad por la injusticia y la acumulación irresponsable de riquezas por parte de muchos cristianos.

Aún el más superficial análisis muestra a las claras que esta perversión de las relaciones del ser humano con las personas y las cosas está en la raíz de la crisis actual. Las condiciones de posesión de la tierra y los bienes, de control de los recursos y la producción, de administración de los recursos privados y públicos, de trabajo y desocupación, tanto en el campo internacional como en nuestro país y continente, parecen hechas a medida para ilustrar las características de lo que Jesús condena bajo el nombre de "riqueza". Y su efecto sobre la vida humana está a la vista de quien tenga ojos para ver. Es en esta realidad donde el cristiano es llamado a vivir su fidelidad al gobierno justo y bienhechor de Dios.

2) No hasta damos cuenta que estamos envueltos en una trama que incluye la relación con nuestro prójimo, personal y colectivamente y con las cosas. Es necesario ver que esa trama está configurada por diversas estructuras, instituciones y ordenamientos. La riqueza, el poder, la injusticia, no son solamente resultado de egoísmos, corrupción o ambición personales, sino estructuras y combinaciones de estructuras. Por otro lado, la justicia, el bienestar, la paz, tampoco pueden lograrse mediante esfuerzos personales o aislados, sino mediante las estructuras e

instituciones que les den existencia real y permanente. Cuando el profeta hace responsable a los "pastores" -los gobernantes, la clase sacerdotal y otros grupos de funcionarios- de las condiciones del pueblo, reconoce ese carácter estructurado de la existencia humana. Y como vimos, es muy probable que el concepto moderno de estructuras -económicas, políticas, etc.- sea la traducción más apropiada de lo que Pablo llama "potestades", "principados", que han de reconocer la soberanía de Jesucristo.

Pretender amar al prójimo aparte de su situación en medio de estas estructuras revela, si no hipocresía, al menos una ingenuidad que no es compatible con la seriedad que el cristiano debe poner al servicio de su fe. Casi cualquier problema concreto de nuestro prójimo que miremos con cierta detención nos mostrará de inmediato su relación con estas estructuras. ¿Cuántos problemas personales y familiares se hacen insolubles en las condiciones de hacinamiento en que grandes sectores de la clase trabajadora y media baja se ven obligados a vivir? ¿Cuánta inseguridad, rebeldía estéril y desperdicio de potencialidades juveniles tienen como causa una inadecuada relación familiar nacida de una situación en que los padres deben hacer frente a un empleo -cuando no dos- cada uno? ¿Cómo resolver el problema de la vivienda cuando los consorcios que monopolizan su financiación cobran dos y tres veces su valor, cuando más de la mitad del dinero que se invierte en construcción está dedicado a viviendas de lujo, que sólo una minoría puede pagar, cuando los propios bancos del estado fijan costos mayores que los reales y por consiguiente cuotas de pago inaccesibles al pueblo, cuando el único dinero que puede conseguirse es el de usureros? ¿Qué sentido tiene el llamado "aumento del ingreso por persona" en un país cuando tres cuartas partes de ese aumento va a parar a manos de una minoría -a veces dos o tres por ciento de la población- de modo que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres? ¿Cómo asegurar los beneficios de los maravillosos progresos en las ciencias médicas cuando la atención médica es para la mayor parte del pueblo un lujo -una, simple intervención quirúrgica significa de tres a cinco meses completos de un salario corriente? Los ejemplos podrían multiplicarse casi al infinito. No significan que nada valga el esfuerzo personal. No significan tampoco que todos los problemas humanos se resolverían automáticamente si éstos

que mencionamos desaparecieran. Pero sí significa que la adecuada regulación de la relación del ser humano con su prójimo y con las cosas, que es parte esencial del propósito de Dios, se ve afectada por mecanismos e instituciones que no son puramente personales.

Todo esto es tanto más claro hoy cuando la convivencia humana se ha vuelto mucho más estrecha y las relaciones más complejas. En una gran ciudad donde la luz, el agua, el transporte, el trabajo, la recreación, la educación, tienen que estar "organizados", quienes controlen esa organización tienen en sus manos la vida de los seres humanos. No solamente pueden determinar sus condiciones materiales de vida sino que, mediante la propaganda, penetran en sus pensamientos y sentimientos. ¿Cómo podría una persona interesada en una vida humana justa y buena desentenderse del uso de semejantes poderes, ser indiferente a la forma en que se "organiza" la vida de su prójimo? ¿Qué clase de "amor" sería el que procede así? ¿No sería la forma moderna de lo que ya ridiculizaba Santiago en su epístola: "¿De qué sirve si alguno de ustedes, al ver un hermano o una hennana desnudo o con hambre, le dice: 'Vayan en paz, caliéntense y coman', y no le dan lo que necesita para su cuerpo?" La acción del amor, entendida en términos del Reino lleva necesariamente, y hoy más que nunca, a actuar en el ámbito de las estructuras e instituciones de la sociedad.

### *Acercándonos a la acción*

Nuestro problema es ahora cómo integrar en decisiones concretas la visión de la totalidad, la acción del amor y las estructuras del mundo contemporáneo. Hemos hecho ciertas distinciones con propósitos de estudio, pero la vida no se presenta así, ni la vida de mi prójimo ni la mía propia. En cada momento me hallo envuelto en esta problemática. Y por eso debo volver a la pregunta inicial de nuestro estudio, ¿qué hacer?

1) Una acción inteligente y responsable exige que distingamos distintos "niveles" de la acción del cristiano, cada uno de ellos importante en su medida, pero que no deben confundirse ni excluirse:

a) El nivel de acción personal: cada uno de nosotros está relacionado con personas mediante el trabajo, la vecindad, la familia, la recreación, la educación. Son personas con problemas, necesidades, anhelos, angustias -y que por consiguiente reclaman consuelo, ayuda, consejo, atención, corrección y (junto con todas estas cosas, pero también directa y explícitamente) el testimonio de la fe. La conciencia de que esta esfera de servicio personal no resuelve todos los problemas, no puede eximirnos de tomarla en serio. La ayuda que se brinda a una persona no resolverá el problema de otras mil a quienes la estructura de la sociedad abisma en la misma situación. Pero para el cristiano las personas no son sustituibles, no son cifras. Y esta persona a quien, en alguna medida, puedo servir, es el rostro concreto de Jesucristo que me sale al encuentro y al que no puedo volver la espalda sin traicionar mi fe.

b) El nivel de la acción organizada. Cada una de esas relaciones que he mencionado también me envuelve en estructuras institucionalizadas: el sindicato, las organizaciones vecinales, el club, la cooperadora escolar, y en forma indirecta las organizaciones políticas, culturales, etc. Es muy importante no reducir estas relaciones institucionales a meras "ocasiones" para dar un buen testimonio personal. El propósito que perseguimos en ellas tiene que ver con la finalidad misma de las instituciones, con el ámbito de la vida humana en el cual deben asegurar la "justicia" y la "paz" que Dios quiere: el campo laboral, económico, cultural, de gobierno. Una buena acción cristiana será, en este sentido, la que más eficazmente logre en el campo que corresponde a esta institución, la calidad de vida que Dios desea para el ser humano. La bondad de su acción será bondad política, económica, cultural -no simplemente la calidad de honestidad o pureza personal. 0

para decir mejor: ser honesto y puro en política o economía es realizar una acción política o económica eficaz para los seres humanos.

Estas últimas frases no deben entenderse en términos de un divorcio entre lo personal y lo social. Es la misma calidad de existencia la que el Evangelio reclama para el ámbito privado y el público. Pero es necesario hacer al menos tres observaciones. La primera es que la honestidad y la pureza personales no son "joyas" para adornar al individuo sino modos de conducirse en relación con los demás, maneras de crear la confianza mutua, la limpieza de relaciones, el clima de salud física y mental en que la comunidad puede desarrollarse adecuadamente. En segundo lugar, y como consecuencia, la práctica de esas virtudes debe tener en cuenta la condición y la necesidad real del prójimo. Por eso el apóstol exhorta, por ejemplo, a "decir la verdad en amor." O recuerda a los esposos que no deben hacer de su ascetismo devocional (períodos de oración con abstinencia de vida sexual) ocasión de tentación o tropiezo para el cónyuge (1 Cor. 7:1-7). El bien del prójimo o de la comunidad pueden exigir una medida drástica y dolorosa. Pero pretender practicar la "honestidad" o la "pureza", *caiga quien caiga*, sin tener en cuenta la consecuencia de nuestras acciones, está muy lejos de ser una conducta cristiana. Finalmente, está la compleja cuestión de medios y fines que comentaremos en el próximo capítulo. No es verdad que el fin justifique los medios. Pero tampoco es lícito desentenderse de la eficacia de los medios con relación al fin: unos y otros deben ser sometidos al servicio del propósito de Dios para la vida humana.

c) El nivel de acción de la comunidad cristiana. Mencionamos en este punto uno de los aspectos hoy más confusos y disputados de la ética cristiana; qué corresponde



al cristiano personalmente, o en colaboración con personas de otros credos o ideologías y qué corresponde a la acción de la Iglesia como tal. Por una parte, debemos comprender que la Iglesia tiene un centro específico: el anuncio de Jesucristo, el mensaje del Reino que ha venido y que ha de realizarse y que invita a los seres humanos a confesar a Cristo y comprometerse en su Reino. Por otra parte, también debemos comprender que ese Reino lo abarca todo y a todos -nada hay que le sea ajeno. La medida de participación en la acción concreta sólo puede decidirla la Iglesia en momento y situación particulares. Para ello tiene el testimonio bíblico y la presencia del Espíritu para guiarla. También corresponde tomar en cuenta que la comunidad de fe puede expresarse de diversas maneras: por pequeños grupos vocacionales dentro de ella, por entidades o iniciativas de cooperación, y también como un todo. Tal vez un criterio general útil es que la acción es tanto más propia de la Iglesia como comunidad total de los creyentes cuanto más explícitamente esté vinculada a la proclamación de Jesucristo; y que el cristiano ha de buscar la más amplia cooperación con todos los seres humanos que sea posible cuando se trata de acciones y estructuras generales. Pero esta formulación ya deja claro que la Iglesia puede verse obligada a tomar la iniciativa en cosas muy "seculares" que la comunidad mayor no percibe o no quiere hacer, pero que son necesarias al ser humano. Todo este campo merece, sin embargo, un estudio más amplio, que se ofrecerá en otra oportunidad.<sup>31</sup>

2) Hemos hablado de "una acción inteligente y responsable". No son simples adjetivos sino condiciones de toda acción cristiana. Es bien cierto que las decisiones nos sorprenden a veces; la vida nos obliga a actuar frecuentemente sin mayor reflexión. El cristiano debe sentir la libertad y la confianza de obrar valientemente en tales situaciones. Pero esa acción "espontánea" será madura y digna si se encuadra en una vida alimentada por la reflexión, por el esfuerzo por comprender tan bien como nos sea posible las condiciones y exigencias que como cristiano me

corresponden. Eso es amar al Señor con toda la voluntad y la energía - pero también con toda la inteligencia y el entendimiento. Una reflexión ética responsable requiere al menos cuatro momentos o aspectos:

a) La profundización del testimonio bíblico respecto del problema o aspecto particular de que se trate. Ya hemos visto que no se trata de una legislación que se aplique mecánicamente a cualquier situación, sino de "paradigmas" que nos ayudan a descubrir la voluntad de Dios. Pero el cristiano no logrará alcanzar una actitud positiva y crítica a la vez hacia la sociedad en la que vive si no profundiza esos paradigmas bíblicos. Hoy se discute, por ejemplo, vehementemente, la cuestión de la propiedad: ¿privada?, ¿pública?, ¿estatal?, ¿cooperativa? Sería ridículo pretender resolver con un texto bíblico estos dilemas. Pero una consideración del concepto bíblico de propiedad -a quién pertenecen las cosas, cómo utilizarlas, cuáles son los criterios de enajenación y posesión- como se muestra en la ley, en los profetas, en las enseñanzas de Jesús y de Pablo, en la Iglesia primitiva- nos impediría caer víctimas de la propaganda de quienes quieren simplemente hacernos aceptar un sistema como si fuera de origen divino. Y a la vez nos permitiría introducir perspectivas nuevas para resolver los problemas reales.<sup>32</sup>

b) La consideración de la comunidad cristiana -la Iglesia- pasada y presente. No somos nosotros los primeros en leer la Biblia y buscar la dirección del Espíritu Santo: la Iglesia lo ha venido haciendo por veinte siglos. Y si es cierta la promesa de Cristo, el Espíritu no ha estado ausente de esa búsqueda. No hay problema humano sobre el cual la tradición de la comunidad cristiana no arroje una luz significativa. Es cierto que tal tradición no es absoluta: se han cometido errores éticos graves. Pero a más graves errores se expone aún quien pretenda -con una soberbia que

nada justifica- constituirse en árbitro inapelable de la verdad. A la vez, como cristianos, formamos parte de una comunidad presente, que va desde la congregación y grupo local de los que participamos hasta la totalidad de las iglesias, en el mundo. En concreto, la reflexión ética incluye la consulta con mis hermanos en Cristo que me rodean, la consideración de la enseñanza de mi Iglesia, los significativos pronunciamientos éticos de las demás iglesias cristianas y del movimiento ecuménico. Mi conciencia es libre ante Dios. Pero la conciencia es, a su vez, formada por las influencias y voces que la rodean. Exponer mi conciencia a la voz de la Iglesia del pasado y del presente es una de las formas de obedecer el mandato y gozar de la promesa del que dijo que "donde dos o tres se reunieren en su nombre" allí estaría El.

c) El análisis de la problemática actual en el asunto correspondiente. ¿Cuáles son las verdaderas condiciones? ¿En qué se asemejan y en qué difieren de otras en las que la Iglesia elaboró determinadas normas de conducta? ¿Cuáles son las causas? ¿Qué mecanismos operan? La Iglesia ha sentido siempre, por ejemplo, que todo lo que tiene que ver con el matrimonio y la familia es de fundamental importancia y que el Evangelio tiene mucho que decir al respecto. Muchas de las leyes que imperan en nuestras legislaciones han sido influidas, en este aspecto por la fe cristiana. Hoy todos percibimos los grandes problemas que se enfrentan. ¿Bastará con repetir mecánicamente las normas elaboradas en el siglo primero, el cuarto, el décimo o el décimosexto? Un simple estudio nos mostrará que esas normas estaban relacionadas con las condiciones sociales, económicas, de trabajo y habitación, educacionales, de esas épocas. Pretender hacer funcionar la familia hoy como cuando la mujer no podía recibir educación, cuando toda la familia trabajaba en casa, o cuando el joven se encontraba

sólo con las personas de su barrio, sería no solamente absurdo sino inhumano, completamente ajeno a un verdadero amor. Pero el cristiano tampoco aceptará simplemente "lo que se hace hoy". Cuando una avalancha de problemas -verdaderos y falsos- se desencadena en torno al matrimonio y la familia: relaciones pre y extra-matrimoniales, matrimonio de prueba, divorcio, control de natalidad, el cristiano tiene la doble obligación de revisar cuidadosamente el mensaje bíblico y de interiorizarse de la verdadera naturaleza de los problemas actuales.

d) La elección entre las opciones posibles. El estudio no es el final del camino: el cristiano es llamado a la acción. Su búsqueda es la de un curso de acción eficaz. ¿Qué alternativas existen? ¿Cuáles son las consecuencias de cada una de ellas? ¿Qué grado de cooperación puede obtener para la realización de las mejores de esas alternativas? ¿Cuáles son las posibilidades de éxito? Una solución puede parecer ideal, pero su realización concreta es tan inverosímil que sería irresponsable pretender lograrla -sería como cruzarme de brazos. Por otra parte, una solución puede ser de largo alcance y costosa, pero tan importante para la vida humana que es necesario emprender el largo camino, aun sabiendo que quizá no veamos el fin. A veces hay que poner remiendos sabiendo que no han de durar mucho; otras, hay que dejar que la vieja casa se derrumbe y reunir los materiales y preparar los proyectos para una nueva -sin olvidar nunca quienes quedarán a la intemperie en el cambio.

Todo esto puede parecer muy complicado. Pero el discipulado de Jesucristo tiene precisamente esta condición: porque lo ofrece todo -una nueva vida, libre, gozosa, eterna- lo reclama todo. El más simple de los seres humanos no queda debiendo nada, por más errores e imbecilidades que cometa. Y el más capaz de los seres humanos no puede omitir

esfuerzo alguno. Lo que hemos tratado de ilustrar es un camino, el camino del discípulo del Reino en medio de las condiciones de este mundo. Todos marchamos por él, en la medida de nuestras fuerzas, pero en la confianza y el poder del Espíritu Santo.